TRIBUNA | A algunos profesores no les merece la pena dar ciertos temas de Historia Contemporánea (Oriente Medio, el totalitarismo soviético) porque corren el riesgo de ser saboteados en clase, de ser señalados como «sionistas» o «fascistas»

Lo normal en la Universidad del País Vasco

ANA ESCAURIAZA ESCUDERO

AHORA QUE LA Universidad del País Vasco ha decidido suspender las clases en Álava por rechazo a la convocatoria de un acto de Vox en ese campus, recuerdo lo que me contaba hace unos días un profesor de otro campus de la UPV/EHU. Al explicar la represión durante la Guerra Civil en ambos bandos en el País Vasco, contó un hecho indiscutible: en el Bilbao republicano, el 4 de enero de 1937 fueron asesinadas en un asalto a las cárceles 224 personas (un número superior, por ejemplo, al total de víctimas mortales de la represión franquista en Álava). Entonces, una estudiante levantó la mano y, para estupor del profesor, le dijo que a ella le parecía bien porque, al fin y al cabo, los muertos eran «fascistas». El docente le aclaró que no todos, ni siquiera la mayoría, eran falangistas, pues entre esas 224 personas había ideas de todo signo, desde carlistas a simples católicos o conservadores.

Este catedrático, que lleva más de 30 años impartiendo Historia, preguntó también a la alumna si no habría sido más justo, más democrático –añado yo: menos «fascista»– que los encarcelados hubieran sido juzgados de acuerdo a la legalidad del momento, en vez de que un grupo de exaltados decidiera su suerte y los asesinara. Añadió que un argumento así restaba toda autoridad moral para condenar los crímenes franquistas, dado que en ese caso cada cual podía poner la etiqueta que quisiera y eliminar sin complicaciones a sus enemigos; algo que, desde una perspectiva ética y democrática, sería inadmisible. La chica no se retractó: eran fascistas y eso justificaba su muerte. No sé si le faltó decir que eran unos provocadores, que ellos se lo habían buscado y que se lo merecían. En esa aula nadie más dijo nada.

Condenemos a aquellos que amenazan, que pegan, que se presentan uniformados

Una vez fuera de clase, comentando la anécdota con otros colegas, le decía otro profesor: «¿Y te has atrevido a contestarle?». No es rara la pregunta. En la Universidad del País Vasco hay profesores que han decidido que no les merece la pena dar algunos temas de Historia Contemporánea (como los relacionados con Oriente Medio o el imperialismo y el totalitarismo soviético) porque corren el riesgo de ser saboteados en clase, de ser señalados como «sionistas» o «fascistas», de sufrir momentos incómodos o acusaciones directas de estar propagando «dogmas capitalistas». ¿Son los profesores unos provocadores? ¿Es la Historia una provocación? ¿Lo es, acaso, la libertad?

Pero no crean que se trata de un hecho aislado. En la Universidad del País Vasco, y quizá especialmente en su Campus de Álava, lo normal es que los profesores y empleados vivan bajo amenaza como se les ocurra decir algo que no gusta a ciertos grupos de extrema izquierda. Lo normal es que haya destrozos de mobiliario a cuenta de huelgas que impiden el legítimo derecho a impartir y recibir clase a la comunidad universitaria. Lo normal es que la fachada y el interior de los edificios universitarios tengan que ser restaurados constantemente por las pintadas con eslóganes radicales que reciben. Lo normal es que haya panfletos y papelería decorando sus paredes en los que en no pocas ocasiones se amenaza directamente a cargos políticos poniendo sus rostros dentro de una diana. Lo normal, en fin, es la constante sensación de que hay grupos radicales que campan a sus anchas y que emplean la violencia para sembrar su totalitarismo ideológico particular.

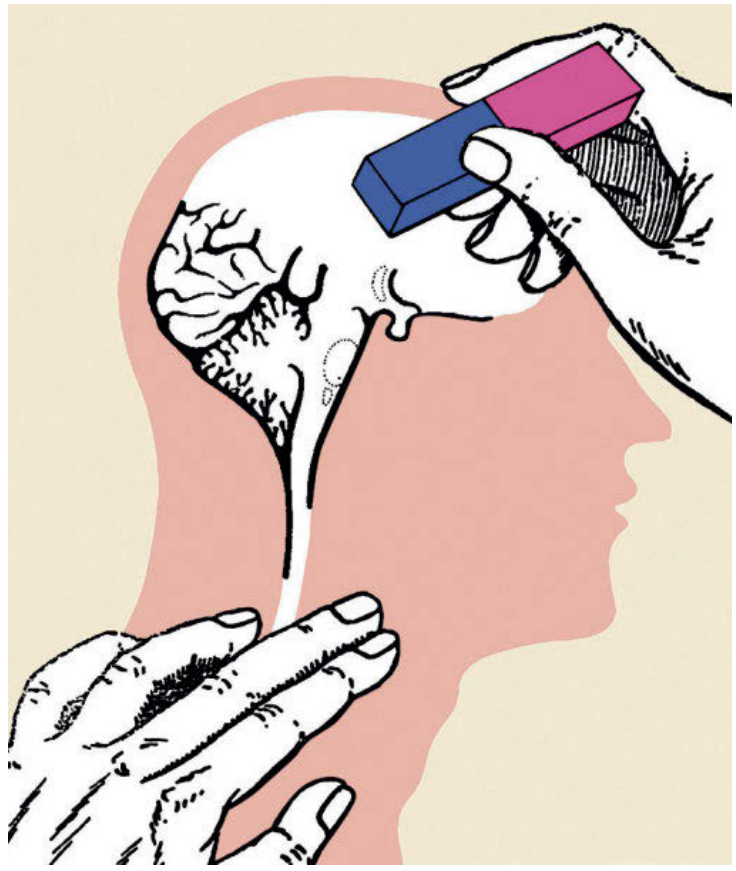
Sin embargo, ha hecho falta que Vox convocara una concentración para condenar que su líder, Santiago Abascal, haya aparecido en una de esas pintadas –y no para conmemorar el golpe de Estado del 23-F, como se ha llegado a decir– para que el rectorado de la Universidad del País Vasco haya hecho gala de una profunda preocupación por defender la democracia, la libertad y la tolerancia, así como los valores de la Universidad. Dice en la carta que ha escrito en un medio de comunicación su rector, Joxerramon Bengoetxea, que «las universidades deben ser espacios de debate libre, diálogo y rechazo de la intolerancia». Y cita a Umberto Eco y su definición de lo que es el fascismo: «Desprecio por la razón, miedo a la diferencia, hostilidad hacia la crítica y culto a liderazgos autoritarios». Por lo que parece, Vox responde a todo eso, pero no aquellos que se llaman a sí mismos –y el rector en su carta también lo hace– «antifascistas». Como si llamarse a uno mismo de esa forma no fuera pura propaganda u ofreciera garantía de algo. Baste recordar que el Muro de Berlín se denominaba oficialmente Muro de Protección Antifascista. Como si la UPV/EHU viviera habitualmente en la razón, la pluralidad, el espíritu crítico, la convivencia pacífica, el diálogo. Menos mal que ha llegado Vox para que la Universidad del País Vasco pudiera reaccionar.

Si creemos en la democracia, y en lo que vivir en una conlleva, habrá que dejar a quien compete que actúe contra un partido que hoy por hoy es legal. Si Vox dice y hace cosas que rozan la ilegalidad es cuestión de denunciar y dejar que la Justicia haga su trabajo, pues por supuesto que no todas las ideas deben ser respetadas. Pero si algo es fascista es precisamente tomarse la justicia no solo por tu mano, acusando y calumniando, sino utilizar abiertamente la violencia: callar, pegar, amenazar, silenciar al que piensa distinto. Porque hoy es Vox y mañana es un profesor que no está de acuerdo con la revolución o la independencia del País Vasco, que cuestiona las políticas lingüísticas, defiende un modelo liberal o es abiertamente católico. ¿O quizá ya estamos en ese mañana?

El foco del problema es el de aquellos que usan la violencia –«venga de donde venga», como se decía de modo manido en la Transición– para defender sus ideas. Y es deber de una universidad pública y que se dice defensora de la tolerancia y de la democracia deslegitimar a todo aquel que la emplea. Incluso contra un partido político que defiende todo lo que a uno le repele o le parece condenable. Resulta sorprendente que haya gente que se lleve las manos a la cabeza cuando en la historia reciente del País Vasco hubo un partido, Herri Batasuna, que se aprovechó sin problemas de la democracia, hasta que finalmente fue ilegalizado por su vinculación directa con ETA. Al que se respetó su derecho a existir, a defender sus ideas, a organizar mítines, a conceder ruedas de prensa, a intervenir en los plenos de las instituciones en las que tenía presencia política. Incluso cuando usaban su voz para aclamar el terrorismo y despreciar a las víctimas. Pero ese es el precio de la libertad y de la democracia y, en España en concreto, se ha pagado muy caro. Fue un partido al que incluso la Ertzaintza o la Guardia Civil defendieron en las escasas ocasiones en las que fue atacado en sus sedes. Y a sus miembros, por supuesto, se les incluyó entre las víctimas del terrorismo cuando sufrieron atentados mortales por parte de grupos de ultraderecha, parapoliciales o de los GAL.

LA MEMORIA DEL rectorado de la UPV/EHU sufre de amnesia, pues no solo ha habido antes partidos como Herri Batasuna, sino que la propia universidad, bajo el amplio paraguas de la libertad, ha permitido en numerosas ocasiones la presencia de personas vinculadas abiertamente con ETA, incluso condenadas, en sus aulas. Los expertos debaten sobre la ideología de Vox y está claro que gran parte de la ciudadanía la repudia –aunque a la vez siga aumentando sus votos–, pero a día de hoy no ha cometido ningún crimen. La democracia no nos exige comulgar y aceptar, pero sí respetar, a personas que no piensan como uno. La democracia presupone dejar que los votantes voten y que los políticos hablen.

Ya lo decía Tomás Caballero, concejal de UPN asesinado por ETA en 1998: «Siempre he dicho: discutamos y enfrentémonos, pero sin odio (...). La convivencia, tan necesaria para todos, no puede estar en el triunfo de nuestras ideas sino en saber respetar el triunfo de las ideas de los demás».



SEAN MACKOUI

Discutamos, enfrentemos, todas las ideas. Pero sobre todo condenemos y expulsemos de nuestro espacio público a aquellos que tienen actitudes y discursos antidemocráticos, a aquellos que se atreven a pegar, a amenazar, a presentarse uniformados, a destrozar el mobiliario de la universidad. Porque hoy son salvajadas en un recinto público y mañana, como decía aquella alumna, sin ningún tipo de tolerancia o espíritu democrático, son fusilados que se lo merecen porque yo decido que son unos fascistas.

Ana Escauriaza Escudero es doctora en Historia Contemporánea por la Universidad del País Vasco y autora de *Violencia, silencio y resistencia. ETA y la Universidad (1959-2011)* (Tecnos).